

La norma lingüística en el español actual

Alicia M. Zorrilla de Rodríguez

«Como baja la lluvia y la nieve de los cielos y no vuelven allá sin haber empapado y fecundado la tierra y haberla hecho germinar, dando la simiente para sembrar y el pan para comer, así la palabra que sale de mi boca no vuelve a mí vacía, sino que hace lo que yo quiero y cumple su misión.» (Isaías 55: 10-11).

Dijo don Miguel de Unamuno que “cuando se hace algo, no queda el hecho, sino la hacedora, la palabra”. Pero pocos comprenden esta maravillosa misión que la sublima: la de hacer, la de ayudarnos a construir la vida a través de un cuerpo, el significante, y de un alma, el significado, términos muy empleados y no muy bien entendidos, que no deben descuidarse.

La lengua no es sólo preocupación de las academias, como algunos creen, sino quehacer cotidiano de todos, desde la calle hasta la universidad, porque —según Manuel Alvar López— “somos lo que de la lengua hacemos”. Tenemos la obligación de hablar y de escribir bien por respeto a los que nos rodean, para desempolvar la olvidada ética de la palabra, para revelar un orden interior, para asumir, por fin, una actitud responsable ante la lengua, porque somos hombres por ella, que nos crea y que nos salva.

Comunicarse denota, etimológicamente, ‘compartir, intercambiar, poner en común’. Si al milagro de decir, de ‘expresar con palabras’, unimos el de entendernos, es decir, ‘percibir el sentido, porque nuestra mente tiende hacia’ el prójimo, advertiremos, en este acto, una generosa entrega mutua, una hermandad callada, que

pasa casi siempre inadvertida, porque estamos demasiado abstraídos en banalidades. ¡Oh, paradoja, por la lengua, somos hermanos aun en la discordia!

Cada palabra es sangre de nuestro espíritu, raíz y fruto de nuestra sensibilidad; con ella, nos definimos, nos identificamos y nos comprometemos. Como dijimos antes, ella hace y nos hace; crece en nosotros para ayudarnos a vivir el mundo y a acompañar a otros en el camino de la vida, y no muere con nosotros: a alguien le dejamos siempre nuestra palabra.

Cada persona posee su tesoro de vocablos, suyo, único, incomparable. Cada uno de nosotros dice “padre”, “madre”, “hijo”, y en esas voces, deja su alma. Son lo mismo y no lo son, porque detrás de ellas hay una concepción del mundo, una forma distinta de mirarlo.

Oímos hasta el cansancio que la escuela y la universidad deben dar una formación adecuada que garantice un conocimiento suficiente de la lengua española, pero los errores diarios que cometen los medios de comunicación, por ejemplo, nos señalan, lamentablemente, que esto es sólo una débil inquietud. No se ha asumido una conducta responsable respecto de la sencilla necesidad de que el locutor, el periodista, el publicista usen con justeza la lengua y tengan, por lo menos, una correcta y decorosa redacción. Su tarea no consiste solamente en comunicar una noticia, escribirla o publicar un aviso en que se promociona un producto, sino también

Alicia M. Zorrilla de Rodríguez es Licenciada en Literatura Hispánica y Profesora especializada en Castellano, Literatura y Latín. Se desempeña actualmente como Presidenta de la Fundación LITTERAE.

en difundir las formas recomendables del idioma, asentar en la mente de los oyentes y de los lectores usos correctos del español. Dijo Manuel Alvar López: “Los medios de comunicación están condicionando la lengua de todos. Que sea para bien”. En este deseo, hay un dejo de incredulidad, pues siguen sobrando tildes en voces como **ri-noscopia**, **gratis**, **examen** e **imagen**, y faltando donde deberían estar: **síndrome**, **táctil**, **carácter**. Leemos, por ejemplo, con soltura, *Relincho largamente*, donde debería decir *Relinchó largamente*, y aquí no sólo se cambia el pronombre personal, sino también se transgrede el significado.

Las mayúsculas son alegremente reemplazadas con las minúsculas —hoy, vía Internet, sobre todo—, y es lo mismo “dinosaurio”, “copa” y “nuez” que “España”, “Rocinante”, “Amalia Díaz”, “Barroco” o “Pedro Méndez”.

Varias preposiciones se agregan con donaire donde no se las exige y se ausentan temporaria o eternamente de los lugares donde se las requiere: no pocos “dicen de que no consiguen trabajo”, “piensan de que es mejor así”, “agradecen de que los ayude”, “entienden de que es necesario progresar”, “notan de que aumentaron los precios”, “evitan de que los vean”, “logran de que no los descubran” o “se dan cuenta que les mienten”, “coinciden que el trabajo será provechoso”, “se alegran que estés bien” y “se lamentan que te vayas”. ¿Cómo dicen de eso, piensan de eso, agradecen de eso, entienden de eso, notan de eso, evitan de eso y logran de eso? Si reemplazaran lo que dicen, piensan, agradecen, entienden, notan, evitan o logran, con el pronombre demostrativo neutro **eso**, advertirían la torpeza de su sintaxis. El mismo reemplazo cabe para destacar el error en se dan cuenta eso (por **de eso**), coinciden eso (por **en eso**), se alegran eso (por **de eso**) y se lamentan eso (por **de eso**). Otras preposiciones cojean y se usan indistinta y erróneamente como sinónimas: “bajo esta base” o “sobre esta base”, “en base a” o “sobre la base de”, “bajo mi punto de vista” o “desde mi punto de vista”, “a base de” o “en base a”, “de acuerdo a” o “de acuerdo con”, “televisor a color”, “en color” o “de color”. Las formas correctas son: **sobre esta base**, **sobre la base de**, **desde mi punto de vista**, **a base de**, **de acuerdo con** y **televisor en color**.

“
Muchos tiempos verbales son tratados como piezas prehistóricas y ni siquiera integran el museo de la memoria
”

Muchos tiempos verbales son tratados como piezas prehistóricas y ni siquiera integran el museo de la memoria: el pretérito perfecto simple, cuyo significado es tan exacto cuando decimos: *Comentaron el discurso que ayer **pronunció** el director*, es relegado al olvido por el pretérito imperfecto de subjuntivo: *Comentaron el discurso que ayer pronunciara el director*), y mejor no usar el futuro, por las dudas, pues el presente nos auxilia en los mayores apuros (*Si pidió una línea ayer, se la instalamos mañana; El año que viene, regresa de Italia*). En los albores del siglo XXI, muchas personas sostienen que hablar de pretérito anterior es una antigüedad que no está, por supuesto, a la altura de los tiempos. Por ejemplo, ¿quién lee hoy oraciones como ésta?: *Apenas **hubo amanecido**, partió a galope o de galope*. Sin duda, para esas personas es más práctico no saberlo y no usarlo, pues fácilmente lo reemplazan así: *Apenas amaneció, partió a galope o de galope o Cuando amaneció, partió a galope o de galope*.

Otro aspecto que alarma es el del empleo de una voz con el significado de otra. Por ejemplo: **fragor** no es lo mismo que **fervor**, pues la primera denota ‘ruido estruendoso’ (*el **fragor** de la batalla*), y la segunda, ‘calor muy intenso’ (*el **fervor** del verano*), ‘celo ardiente ante las cosas de piedad y religión’ (*Rezaba con **fervor***) y ‘entusiasmo o ardor con que se hace algo’ (*Trabaja con **fervor***); tampoco **escozor** es sinónimo de **picazón**, pues la primera denota ‘sensación dolorosa, como la que produce una quemadura’ (*el **escozor** de la herida*), ‘sentimiento causado por una pena’, y la segunda, ‘molestia que causa algo que pica en alguna parte del cuerpo’ (*la **picazón** de la roncha*), ‘enojo, disgusto’. Otras veces, hemos leído: *Una extraña ausencia copa la atención pública*; el verbo **copar** está registrado en el **Diccionario** académico con tres significados concretos: ‘en los juegos de azar, hacer una apuesta equivalente a todo el dinero con que responde la banca’, ‘en una elección, conseguir todos los puestos’, ‘cortar la retirada a una fuerza militar haciéndola prisionera’. Por supuesto, ninguno se adecua a la oración mencionada que sólo admite el verbo **atraer**: *Una extraña ausencia **atrae** la atención pública*. Y hay más ejemplos, que la cantera es inagotable: *Calificaron*

de “criminal” el embargo. El verbo **calificar** denota ‘apreciar las calidades de una persona o cosa’; ‘acreditar una persona o cosa’, es decir, si se califica, esa calificación debe ser elogiosa (**Calificó de excelente su trabajo**). Esto nos indica que se lo ha usado con el significado que le compete a **tachar de**, ‘atribuir a algo o a alguien cierta falta’: **Tacharon de “criminal” el embargo**. Tampoco se hubiera podido emplear **tildar de**, pues sólo sirve para ‘señalar con alguna nota denigrativa a una persona’ (**Tildó de ignorante a su vecino**) y no, a una cosa. Un error recurrente es el uso innecesario y absurdo del sintagma pleonástico **protagonista principal**, con el que decimos *personaje principal principal*.

Si uno lee cuidadosamente la sección de clasificados, dedicada a la compra y venta de departamentos, puede llegar a encontrar “perlas” como ésta: *Vendo departamento en **implacable** estado*. Sin duda, al dueño le sonó bien la palabrita; no podemos negar que tiene fuerza, pero de **implacable** a **impecable** hay un abismo semántico, pues el primer adjetivo denota ‘que no se puede aplacar, amansar, mitigar, suavizar’, y el segundo, ‘incapaz de pecar’; ‘exento de tacha’. Aunque se usa, **impecable** tampoco es la voz más adecuada para calificar a un departamento; más correcto es: *Vendo departamento en muy buen estado*. No tenemos que tenerle miedo al significado de las palabras. Ante la duda, ante la ignorancia, nuestro fiel amigo, el diccionario, que muchos mentan y recomiendan, y pocos, poquísimos usan. ¿O es que ha desaparecido la duda de este planeta tan prolífico en novedades, y el noble lexicón sólo decora adustamente las bibliotecas? Si uno se sumerge en sus páginas, puede encontrarse con verdaderas sorpresas: ¿saben ustedes que el aparato bucal de las mariposas se llama **espiritrompa**; que la hembra del rinoceronte es la **abada**; que los animales que comen, principalmente, flores reciben el nombre de **antófagos**; que **roña**, a pesar de sus múltiples significados negativos, es, también, la ‘corteza del pino’, y que una sola palabra en español —**excombatiente**— lleva la preposición latina **ex** unida al adjetivo, que tam-

“
Algunos consideran que no debe hablarse de defensa de la lengua, y que ésta no necesita vigilancia ni cuidados extremos. No es cierto. Defender significa proteger, y siempre se protege lo que se ama, y se cuida extremadamente lo propio.”

bién puede usarse como sustantivo común de dos, cuando en los demás casos debe escribirse separada? Creemos que vale la pena el intento, por lo menos, para que se valore la corrección y la propiedad en el uso del idioma, y no se imponga el prestigio de la plebeyez.

Nos queda aún aliento para referirnos a la puntuación: o falta totalmente o aparecen espurias comas entre el sujeto y el predicado, por muy breve que sea aquél (*Mi mesa, está limpia*), o entre el verbo y el objeto directo (*Compró, caramelos y bombones*). Nos fatigamos demasiado pronto; parece que la lectura también altera el ritmo cardíaco, y nos recomendamos continuos reposos. Cuando falta total-

mente, podemos leer desconcertados: *Anselmo el muerto es mi gato*, entonces, no sabemos si *Anselmo, el muerto, es el gato* del que habla, o éste le dice a Anselmo que el muerto es su gato: *Anselmo, el muerto es mi gato*. Los puntos y comas ya son piezas de anticuario, y el punto y aparte intimidada.

Nos queda algo más: los deslices ortográficos que se prodigan generosamente: desde **rugosidades** y **discusión** con “c” hasta **exuberante** con “h” y **habitar** sin ella. No hace mucho, incluso, padecemos la visión del adverbio **así**, escrito con “h”, con “c” y sin tilde; sin duda, al autor de tamaña irreverencia no le faltó nada para “superar” a Cervantes. Por inadvertencia o por ignorancia, ésta es la realidad lingüística de fines de siglo. El primer paso consiste en reconocer la inepticia que socava el buen uso del español y en combatir la “antinorma”, hija de la desidia y de la apatía.

Algunos consideran que no debe hablarse de defensa de la lengua, y que ésta no necesita vigilancia ni cuidados extremos. No es cierto. Defender significa proteger, y siempre se protege lo que se ama, y se cuida extremadamente lo propio. Idioma es lo nuestro, lo que nos caracteriza, lo que nos distingue, lo que nos hace; por lo tanto, no debe cesar nuestro trabajo en pro de su dignidad y de su precisión. Tenemos que concienciar a todos acerca del valor de la corrección lingüística, que también enriquece el significado de la cultura que nos pertenece y es, al mismo tiempo, cultura

y no caprichosa imposición. Velar por el español denota realizar un quehacer de amor y de servicio, y, al mismo tiempo, no dejar de reconocer que no existen lenguas perfectas, porque el hombre que las habla tampoco lo es.

La lectura del diario, el mensaje de radio o de televisión, oral o escrito, deberían contribuir a la excelencia lingüística; lo que entra por los ojos no se olvida, decían los viejos y sabios maestros. Tampoco, lo que reciben nuestros oídos. Prestigiar la lengua es prestigiar el país y la actividad personal. Sabemos que el español ocupa un destacado puesto en el mundo, pero debemos trabajar para seguir mereciéndolo, y trabajar significa reconocer con humildad lo que no sabemos y esforzarnos para aprenderlo y para corregir nuestros dislates. Saber más y mejor no significa ser anticuados, aburridos o tristes, sino poder ocupar un lugar más digno en la sociedad y, sobre todo, consagrar generosamente nuestros conocimientos a los demás. No nos desanimen reflexiones como ésta: “No te cotizás, porque hablás “pésimamente” bien, y eso hoy no se lleva”. Que no nos falte voluntad para desoír esas vacuas prevenciones, pues la voluntad es inteligencia, y la inteligencia, voluntad.

La **norma**, que guía nuestra buena acción respecto del idioma, es regla orientadora, pero no, precepto reglamentario o ley autoritaria; tampoco, baluarte de la censura. No impide el proceso vital de nuestro español, no le quita espontaneidad ni fuerza, no lo hunde en un purismo empobrecedor. Cada uno goza de libre albedrío para aceptarla o no. Sin duda, nada impide que cada hombre hable y escriba como quiera, a su modo, a su manera, de acuerdo con sus ideales lingüísticos, pero eso no asegura idoneidad para expresar claramente el mensaje. Sólo debemos conocer la norma para que el idioma viva sano, sea fecundo y no se deshaga en un cúmulo de errores. Que la Real Academia Española no le dé el pase de legitimidad a ciertas voces o a ciertos sintagmas no significa que no sean correctos y que no puedan usarse, si su formación responde a la de otras palabras de nuestra lengua. La magna institución española no ejerce ningún cacicazgo lingüístico.

“

Sin duda, nada impide que cada hombre hable y escriba como quiera, a su modo, a su manera, de acuerdo con sus ideales lingüísticos, pero eso no asegura idoneidad para expresar claramente el mensaje.

”

De **norma** deriva **normal**, que no es sinónimo de “común” o “corriente”, como suele emplearse en los periódicos. ¡Cuánto se equivoca quien dice: *La corrupción es normal en el mundo!* Si es **normal**, está reglamentada, se ajusta a ciertas normas fijadas de antemano, y, al mismo tiempo, sirve de regla o norma. Esto parece impensable.

El hablante, consciente o inconscientemente, suele oponerse, respecto de la lengua, a lo **normal**, a la **normalidad** y, por ende, a **normalizar**, no porque signifique lo común o lo corriente, y él quiera

diferenciarse de los demás, sino por ignorancia o por rebeldía, que, en realidad, denota más que ignorancia. Este hablante sostiene que la regla coarta, pone límites, nos despoja de la creatividad, pero detrás de esa máscara, sabe que aprender la norma cuesta, y considera que ese trabajo no merece su esfuerzo, porque para obtener un empleo nadie le exige tener una correcta redacción, un buen dominio de su lengua materna, como lo hacen con el inglés, ni librarse definitivamente de la infancia, de esa dificultad para expresarse fluidamente con los vocablos adecuados. En esta sociedad que aspira a lo liviano y a lo fácil, la lengua —como dice un reconocido lingüista— se ha convertido en un “café descafeinado”. Este hablante superficial se conforma con que lo entiendan y si no lo entienden, también. Ese estado lamentable de dejadez conduce a no usar el idioma **normalmente**, a no reconocer su **normativa**. La escuela tiene demasiado bien guardada esa **gramática normativa** que define los usos correctos de la lengua, y que tanto elogiaba el español Amado Alonso.

No sólo los maestros o los profesores en Letras tienen la misión de enseñar el cuidado de la lengua. La realidad nos confirma que otros profesionales también están preocupados por ello. Así, varios médicos jóvenes se han dedicado a coleccionar los errores que cometen sus pacientes cuando se refieren a cuestiones médicas y han recogido expresiones como éstas: “En el ojo tengo un anzuelo” (por *orzuelo*); “Toso y saco flamas” (por *flemas*); “Tomé una aspirina fluorescente” (por *efervescente*); “A mi bebé le supera el ombligo” (por *supura*); “Le quitamos los moquitos con suero fisiológico” (por *fisiológico*); “Estoy mal de la basílica

balear" (por *vesícula biliar*). Estos, sin duda, son casos extremos, pero la deformación de las palabras, que, a veces, mueve a risa, revela no sólo un desconocimiento de los significantes correspondientes, sino también de sus significados; además, nos alerta para pronunciar con corrección y evitar que se repitan esos errores ortológicos. Así la comunicación será plena, carecerá de interferencias.

Hablar y escribir bien es facilillo, como dicen los españoles, en sentido irónico, de lo que es difícil. Y esa dificultad se advierte en la **concordancia defectuosa**, uno de los males de nuestro tiempo. Leemos:

Hacen un mes que fueron designados.

Hubieron varias personas en la reunión.

En la primera oración, el hablante establece una analogía de número entre "hacer" y "los que fueron designados"; en la segunda, entre "haber" y "varias personas", y no repara en que "hacer" y "haber" son verbos impersonales, por lo tanto, deben escribirse en tercera persona del singular:

Hace un mes que fueron designados.

Hubo varias personas en la reunión.

La discordancia también se produce con los pronombres:

Le regalaron este libro a mis hijos.

Si el objeto indirecto responde al número plural, el pronombre que lo reproduce debe ser plural:

Les regalaron este libro a mis hijos.

Otro caso:

-¿Les leíste a tus alumnos este texto?

-Sí, ya se los leí.

La respuesta correcta es: -Sí, ya se **lo** leí, porque el objeto directo ("este texto") responde al número singular.

La doble coordinación

Estos grupos inversores han demostrado gran interés en adquirir y/o participar con importantes aportes de capital.

Cabe disponer la obligatoriedad de presentación, por parte de los titulares de las empresas o entidades exhibidoras de espectáculos cinematográficos y/o videoclubes y/o editores y/o distribuidores de videogra-

mas de copia del formulario de Declaración Jurada 612 y 615.

La doble coordinación es común en otras lenguas, pero no la admite el español: basta con la **o**

*Estos grupos inversores han demostrado gran interés en adquirir **o** en participar con importantes aportes de capital.*

El género

Ella es una juglar moderna.

El femenino de *juglar* es **juglaresa**, y así lo consigna el **Diccionario** académico:

*Ella es una **juglaresa** moderna.*

El sustantivo **azúcar** es de género ambiguo: **el azúcar** o **la azúcar**. A pesar de eso, seguimos leyendo:

Espolvoree con el azúcar molida.

en lugar de *Espolvoree con el azúcar **molido*** o *Espolvoree con la azúcar **molida***, que es lo correcto.

Otro ejemplo: *El sector automotriz local se resigna a las limitaciones por El sector **automotor** local se resigna a las limitaciones.*

También producen confusión los sustantivos femeninos que comienzan con **a** acentuada. Como decimos **el agua** y **el hambre**, con un artículo que no es masculino, como muchos creen, sino femenino, pues procede del pronombre femenino latino *illa* que, luego, dio **ela** en español antiguo (*ela agua* y *el' agua*), los menos avezados a estos temas consideran que los sustantivos **agua** y **hambre** son masculinos, entonces dicen y escriben *ese agua claro* o *ese agua clara*, y *Tengo mucho hambre*. Con los pronombres demostrativos **este**, **ese** y **aquel** no se produce cacofonía, no se unen esas dos **es** de "la agua"; por lo tanto, es correcto **esta agua**, **esa agua** y **aquella agua**. El adjetivo que modifica al sustantivo **hambre** debe concordar con él en género femenino: **mucho hambre**. Lo mismo ocurre con **águila**, **alma**, **ancla**, **área**, **aula**, etcétera.

Los extranjerismos

No deben usarse los extranjerismos no registrados en el **Diccionario**, que tienen su correspondiente en español:

Pongo en juego mi rol de actor.

Pongo en juego mi **papel** de actor.

Tratará de continuar con su buena performance en el ámbito empresarial.

Tratará de continuar con su buen **desempeño** en el ámbito empresarial.

Uso de los verbos

El jugador entrenó toda la mañana.

Esta oración no está completa, pues **entrenar** es verbo transitivo y admite objeto directo:

El jugador entrenó toda la mañana a los jóvenes.

Indudablemente, se le ha querido dar otro sentido, es decir, el mensaje que se nos comunica es que un jugador está preparándose para un futuro partido. Entonces, el verbo debe usarse como pronominal:

*El jugador **se entrenó** toda la mañana.*

Una oración semejante: *El equipo clasificó para la final del campeonato* por *El equipo **se clasificó** para la final del campeonato.*

Otro ejemplo:

Dijo que había sido secuestrado por dos hombres de los que *había logrado fugar*.

El verbo **fugar** es pronominal, por lo tanto, no “había logrado fugar”, sino **fugarse**, escaparse, huir.

Desajustes sintácticos

La sintaxis española sufre serios daños desde el micrófono y en las publicaciones de toda índole. Por ejemplo, entre los objetos que aparecían en la exposición previa a un remate, había una vieja máquina de escribir con un inocente cartelito: *El dueño de esta máquina de escribir es un particular —de poco uso—*. La corrección es: *El dueño de esta máquina de escribir —de poco uso— es un particular.*

Otros ejemplos:

La coma puede prescindirse de ella en esta oración.

(Corrección: En esta oración, puede prescindirse de la coma.)

“

La sintaxis española sufre serios daños desde el micrófono y en las publicaciones de toda índole.

”

El film trata sobre dos chicas adolescentes que cometieron un asesinato de la madre de una de ellas.

(Corrección: El film trata sobre dos adolescentes que cometieron un asesinato. La occisa fue la madre de una de ellas.)

El actor tiene la obligación de estar bien. Sobre todo yo, que permanentemente están pasando mis viejas películas.

(Corrección: El actor tiene la obligación de estar bien. Sobre todo yo, pues permanentemente están pasando mis viejas películas.)

Jugando nerviosamente con su teléfono celular, el delantero de Boca estaba en otro sector de donde sus compañeros eran entrevistados.

(Corrección: Jugando nerviosamente con su teléfono celular, el delantero de Boca estaba en un sector distinto del lugar en que sus compañeros eran entrevistados.)

El problema con la verborrea que se asocia con los documentos legales causa serios problemas.

(Corrección: La verborrea que se asocia con los documentos legales causa serios problemas.)

Es como que lo ha dicho sin razonarlo debidamente.

(Corrección: Es como si lo hubiera dicho sin razonarlo debidamente.) El “escomoqueísmo”, tan frecuente en nuestro país y, sobre todo, en Buenos Aires, se usa, quizá, con un valor expletivo, para hacer más llena o armoniosa la oración, pues muchos creen que es elegante y hasta cortés. Otros hablantes, que así atenúan o morigeran el significado de lo que dicen, más aún si éste tiene un valor negativo. Por ejemplo: *Estudiando ese tema es como que me aburro* por **Me aburro estudiando ese tema** o **Parece que me aburro estudiando ese tema**; *Es como que estas flores me dan más alegría* por **Parece que estas flores me dan más alegría**. No hace mucho, la radio nos brindó el siguiente ejemplo: *Astralmente es como que venís movilizándote* por **Parece que astralmente venís movilizándote**; por supuesto, este último verbo está usado en sentido figurado, pues indica, literalmente,

‘poner tropas en actividad o en pie de guerra’. Debió usar con mayor propiedad **moviéndote**, para señalar que ‘los afectos del ánimo la habían inclinado a actuar’.

La locución conjuntiva **como que** sólo puede emplearse con los significados de ‘probabilidad’ (*Sentí como que me perseguían*), ‘semejanza’ (*El niño hace como que escribe*) y ‘causa’ (*Elsa podrá decirte, como que presenció la discusión*).

También encontramos alguna oración cuya sintaxis ha sufrido tantas quebraduras, que es difícil recomponerla, porque ya ni entendemos su contenido; pertenece al grupo de las desahuciadas:

Nuestra intención; se basa en dar la tranquilidad necesaria a Directivos; Padres y Alumnos, de quienes, como y cuando visitaremos a los Alumnos de 4º y 5º año, fuera del establecimiento y en horario de salida.

Neologismos audaces

Los argentinos somos creativos por excelencia. Cuando no nos sale la palabra buscada, inventamos inmediatamente una, sin remordimientos, para que nos ayude a salvar el escollo. Éste es un caso:

Realizamos el diagnóstico de acuerdo con las normatizaciones internacionales; trabajamos con profesionalidad.

La voz normatizaciones debe reemplazarse con **normativas**, y profesionalidad, con **profesionalidad**:

Realizamos el diagnóstico de acuerdo con las normativas internacionales; trabajamos con profesionalidad.

Este profesor es conductivista.

El vocablo conductivista, formado por analogía con el sustantivo **conductividad** o con el adjetivo **conductivo**, debe reemplazarse con **conductista**.

Muletillas y latiguillos

Muchas veces tapamos los huecos de nuestra pobreza verbal con muletillas y latiguillos, es decir, voces o sintagmas que repetimos constantemente, y que ac-

“

Los argentinos somos creativos por excelencia. Cuando no nos sale la palabra buscada, inventamos inmediatamente una, sin remordimientos, para que nos ayude a salvar el escollo.

”

túan, también, como soportes conversacionales. El anglicado *o.k.*, que se usa con valor interjetivo como sinónimo de “¿entendiste?” o de “¿está bien?”:

Tenés que saber dónde está el nene, ¿O.K.?

O.K., te llamo.

Como adjetivo:

Todo está O.K.; podemos empezar.

Como adverbio:

Las cosas le van O.K.

El adjetivo **obvio** que actúa como la locución adverbial **por supuesto**:

-¿Vas a la casa de Carolina?

-¡Obvio!

Si es un secreto, no te lo contaré, obvio.

El adverbio de afirmación **sí**, cuya denotación se asemeja a un “¿estás de acuerdo?” de cariz foráneo:

No te enojés conmigo, ¿sí?

Voy a barrer el cuarto, ¿sí?

Se entiende lo que digo, ¿sí?

Los adolescentes han incorporado, además, **ni ahí** como sinónimo de **no**, aunque, según ellos, tiene un significado más profundo, parecido al sentido enfático de la locución adverbial **nunca jamás**:

-¿Vas a bailar al club?

-¡Ni ahí!

Otras personas, sobre todo las adultas, repiten constantemente: *fíjate, vos...; date cuenta...; ¡no me diga!...; digamos...; ¿vivo?...; ¿viste?...; mire usted...; ¿oístete?...; oíme...; no por nada...; etcétera.*

Dejo para el final el comodín más efectivo de nuestra lengua: la palabra **cosa**, desgastada, consumida, vaciada ya semánticamente. Éstos son ejemplos clave:

-¿La llamaste?

-¡Ay, no! Me da cosa.

No te vayas a dormir sin arreglar la cosa con tu hermano.

No hay ni cosa que alcance.

Faxeáme esta cosa, por favor.

En conclusión, basten estos ejemplos —“muy poco ejemplares”— para saber que no queremos un “español descafeinado”, enjuto, cojo, pero tampoco un español en conserva; menos aún, un español aséptico. Nuestro idioma ha de estar vivo, abierto a los préstamos o a los neologismos necesarios, enriquecido por nuestras peculiaridades, pero no expuesto a la mala voluntad y a la indiferencia de los que lo degeneran, pues si lo hacen, no lo valoran como un don de Dios, como una divina creación, como el poema que decimos y escribimos —casi sin saberlo— para celebrar la vida.

Cada palabra es una mañana perenne, abierta a las respuestas de la eternidad; una luz que busca con deleite acezante la otra orilla, para alcanzar su paradigma.

Octavio Paz, en un poema que titula “El fuego de cada día”, nos habla del hombre frente al valor cósmico de la palabra. Dice así: **Como el aire / hace y deshace / sobre las páginas de la geología, / sobre las mesas planetarias, / sus invisibles edificios: / el hombre. / Su lenguaje es un grano apenas, / pero quemante, / en la palma del espacio. / Sílabas son incandescencias. / También son plantas: / sus raíces / fracturan el silencio / sus ramas / construyen casas de sonidos. / Sílabas: / se enlazan y se desenlazan, / juegan / a las semejanzas y las desemejanzas. / Sílabas / maduran en las frentes, / florecen en las bocas. / Sus raíces / beben noche, comen luz. / Lenguajes: / árboles incandescentes / de follajes de lluvias. / Vegetaciones de relámpagos, / geometrías de ecos: / sobre la hoja de papel / el poema se hace / como el día / sobre la palma del espacio** (en *Vuelta*, pp. 10-11).